

Revista

de

Ciencias Económicas

Publicación mensual del "Centro estudiantes de ciencias económicas"

Director :

DÍVICO ALBERTO FÜRKNORN

Administrador:

Luis Podestá

Sub-administrador:

Jorge Traverso

Redactores :

**Dr. José Barrau - Dr. Mauricio Greffier - Juan R.
Schillizzi - Guillermo J. Watson - Silvio J. Rigo
Egidio C. Trevisán - Raúl Prebisch - Julio Silva**

Año VIII

Octubre de 1919

Núm. 76

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
CHARCAS 1835
BUENOS AIRES

Vida universitaria

Revista "Clarín" Merece una página y un buen comentario esta valiente revista.

Publicada por jóvenes estudiantes, es un exponente de la nueva vida universitaria y de las ideas de renovación.

Es lectura que deleita, tanto por el contenido, cuanto por el saludable espíritu de lucha que entraña contra la antigua indiferencia que revelaban los estudiantes universitarios por cualquier cosa que no fueren sus exámenes y las características de sus profesores. Buena es, evidentemente la contracción al estudio y la preocupación constante por la profesión que se desea ejercer; pero nada impide y por el contrario todo aconseja que junto a ella, el estudiante, en los momentos que antes eran de ocio o de asueto, busque en las demás actividades del pensamiento, mayor labor temporal y que en esa forma: ampliando su criterio; tenga constantemente una clara vista de la vida social, para poder contribuir con su voluntad, a transformar las relaciones entre los hombres en los sistemas que más se adapten a establecer el triunfo de la justicia y de la verdad.

Era hasta ahora absurda la huelga del pensamiento que mantenían obstinadamente las masas estudiantiles, en lo que se refiere a los problemas sociales, que son los problemas de todos los hombres. Es imposible separar a cualquier ciencia, quitarle todo punto de relación con la sociología, que estudia las relaciones entre los seres humanos. La ciencia practicada para sí mismo o sin tener en cuenta las necesidades y estado de la sociedad, es en todos los casos algo sin vida: hasta el astrónomo tan lejano en sus observaciones de la tierra, trata de prestarle la mayor utilidad a su hermosa ciencia, previendo fenómenos futuros que mucho interesan a los humanos. ¿Si el astrónomo no supiera la importancia que tiene el feliz resultado de la agricultura y la necesidad que de sus productos tienen los hombres, pondría tan grande empeño en querer anticipar las variaciones climatológicas y en desentrañar los misterios de la meteorología? ¿Por qué el jurisconsulto habría de martirizarse los sesos buscando fórmulas inadaptables a las relaciones reales de los hombres? ¿Por qué el médico no debe preferir dedicar su atención a las plagas exis-

tentes y dar su contribución para aconsejar en su caso las soluciones que deben prestarse a condiciones sanitarias del momento? Y finalmente, para no insistir más; ¿cómo el economista o futuro economista podría desprestigiar la costumbre de la observación y el estudio práctico de la vida social?

Los problemas de la religión, de la economía, de la justicia, de la política, de la moral, que son las cuestiones que nos plantea diariamente la vida práctica a todos los hombres que vivimos en sociedad, constituyen la actualidad social, que es la que estudia *Clarín* y que es la que no puede dejar de preocupar ni a un solo estudioso.

El intelectual que no se preocupa de favorecer la felicidad humana, es un egoísta y un indigno y como no puede cubrir necesidades quien primero no las conoce, debe empeñarse en conocerlas, accesoriamente a su estudio, para que cuando llegue a ser profesional pueda ser lo más útil posible a sus congéneres. Y es indispensable que ese conocimiento de las necesidades sea tomado en la vida estudiantil, en que el corazón es más accesible y más bueno, porque todavía no se han incrustado en el individuo los intereses creados; no ha palpado aún las exigencias de la vida práctica, ni las adversidades ras-treras por el interés entre los hombres. Los caminos deben decidirse desde jóvenes, cuando ningún interés perturba la libre elección: los intereses creados tuercen las más nobles aspiraciones. ¿Cómo sería de distinta idea de Fulano, si no tuviera que defender su empleo o agradar a aquel cliente o dar razón a sus parroquianos o proteger a tal capitalista o trabajarse tal otro asunto?

De esto está a salvo el estudiante y así lo ha entendido el noble *Clarín* que quiere hacerlo pensar ahora.

II

Algunos se han asustado porque hallaron en las páginas de *Clarín*, ideas avanzadas, y no se dan cuenta que al sólo denominarlas así, dan razón a quienes las sostienen.

En la vida individual o en sociedad hay dos caminos a seguir: optar por el estancamiento, que es retroceso, o por el progreso.

El primero en la vida individual es el suicidio, en la vida social, es el atraso.

Debe elegirse entre un camino u otro: la humanidad no puede ser amiga sino de aquel que señala el progreso.

Pero el progreso tiene dos fases: el material y el de las ideas y el secreto está en saber hacer marchar los dos al unísono; porque sino, fracasa la civilización.

He ahí la razón de todas las civilizaciones fracasadas, de todos los progresos marchitos en flor: se conservan organizaciones antiguas, que dadas sus características permiten, por ejemplo, en medio de la abundancia general que produce el progreso, una apropiación demasiado grande de parte de algunos, que hace parecer infinitesimal la que conservan otros. Es esa diferencia que aparece como opresión del rico al pobre que trae la rebelión y lo que es peor, lo que está sucediendo aho-

ra: la desmoralización Evidentemente la situación del obrero de hoy es eminentemente superior a la de un siglo atrás. Puede darse comodidades, que hoy se reputan vulgares y que entonces eran un lujo; pero no existía en aquellos tiempos esa diferencia que los lujos de la civilización acentúan. ¿Qué hace falta entonces? Que el progreso de las ideas acompañe al perfeccionamiento material. Me refiero por supuesto al progreso de las ideas sociológicas, por cuanto las demás son un anticipo lógico de aquel perfeccionamiento.

Si cuando el apogeo romano, mentes sanas habrían instituido la apropiación de la tierra para quien la trabaja y mientras la trabaja: el latifundio no habría sido el motivo del derrumbe de ese país, porque no hubiera logrado asentar pie y hubiera sido hacer aquel progreso de ideas, suficiente para que Plinio no tuviera que decir su sintética cuán verdadera frase de lamento por la caída romana.

Un raciocinio sencillísimo da la sensación a cualquier hombre, de que la idea de avance, es la idea del progreso, la del porvenir y que los hombres que las cultivan son quienes tienen la visión del futuro.

Pongámonos un hombre espantosamente "avanzado", post feudal, y analicemos sus ideas, y veremos que resulta más o menos un "conservador" de la actualidad y en ciertos puntos un "ultra conservador". ¿Qué quiere decir eso?: que las ideas avanzadas de entonces son las reaccionarias de hoy. Así como las ideas progresistas de hoy serán conceptos aceptados por el mañana.

Por eso nunca fué tan bien expresado un pensamiento como con el vocablo: avanzado.

El hombre reaccionario es el hombre mediocre: el que no tiene ninguna amplitud de miras: quien no ve más lejos de sus narices.

III

Y para desgracia, la universidad no se esmera hasta ahora sino en crear hombres mediocres. De ahí la gran razón de Almafuerte. Porque en efecto, de qué nos vale la luminosa ciencia, la investigación paciente, el esfuerzo ponderado del intelectual, si todo lo que con tantos sacrificios se elabora no tiene una trama social bastante sólidamente organizada como para resistir el peso de tantos perfeccionamientos. Es así como uno está obligado a considerar casi como un mal o como algo molesto, el adelanto científico, porque el sólo pensar que tanto bello esfuerzo vaya a caer en la nada de la decadencia social es algo que irrita y enoja. ¿Porqué no hacer de la universidad algo útil, practicando las verdades sociales?

De verdad: ¿de qué sirve tanto desvelo, para sólo conseguir que las guerras se hagan más crueles y la miseria relativa más angustiosa? ¿De qué sirve la universidad si no tiene el sonido de Clarín que anuncia una nueva era de felicidad para los hermanos humanos?

IV

Doy razón a los universitarios de Clarín en su espíritu de renovación; pero creo que sus ideas no van por la senda que conduce al bienestar.

No creo que el fondo de la cuestión social esté en la ciudad, ni en los talleres. La mala situación de las clases proletarias no es, a mi juicio, culpa de la organización más o menos defectuosa del capitalismo en sí mismo; sino que el abuso del capitalismo es un resultado directo de las fronteras aduaneras y de la apropiación privada de la renta de la tierra. Hay que atacar al mal en su principio y no seguirá la gangrena.

DÍVICO ALBERTO FÜRNKORN.